

BIBLIOTECA ELVIRA

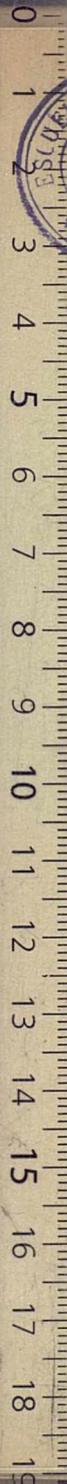


FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

LA ABUELITA

Cuchini

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	8
Estante:	28
Numero:	510



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	8
Estante:	28
Numero:	510



LA ABUELITA



189652021
051956819

1-5-37

LA ABUELITA

S.	A
E.	87
N.	83
R.	4452

CUENTOS DE LA ALDEA

— POR —

D.^a FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

OBRA REVISADA POR EL

Rdo. Dr. D. MANUEL RODRÍGUEZ
y aprobada por la Autoridad eclesiástica

ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS



5.^a Edición

BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 296
1905



LA ABUELITA

LA ABUELITA

LA ABUELITA

LA ABUELITA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

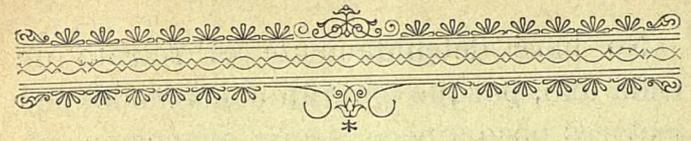
LA ABUELITA

LA ABUELITA

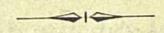


LA ABUELITA

LA ABUELITA



LA ABUELITA



CUENTOS DE LA ALDEA



I

No hace muchos años que en una pintoresca aldea, situada en la orilla del Tajo, vivía una honrada familia. Componíase de la abuela, anciana sexagenaria, de su hijo D. Rafael, su esposa D.^a Carmen, y una porción de chiquillos, dichosa prole con que el Señor había coronado su matrimonio.

No haré detenidamente el retrato de cada uno, porque los irán conociendo mis lectores poco á poco, según avancemos en nuestro relato. Ahora los veremos á todos agruparse en rededor de una gran mesa, donde su buena madre les sirve la cena, presidiendo la alegre reunión la decana de la familia.

Su posición de ricos hacendados les permitía vivir con el mayor desahogo, y no se advertía jamás en aquella casa miseria ni escaseces. Para los que no hayan visto el hogar de un labrador, les haremos brevemente una ligera descripción.

Las casas son casi todas de un solo piso (en el pueblo á que me refiero), compuestas de anchurosas habitaciones, con rejas á la calle ó á los patios. A la derecha de la gran puerta de entrada está la cocina; junto al fuego una veintena de domésticos, entre criadas y criados, saborean una abundante y bien condimentada sopa. A la izquierda, en una sala bastante grande con su moderna chimenea, está reunida la familia de D. Rafael. Los muebles de esta habitación son sencillos, y resplandece por

doquiera el más esmerado aseo. A los lados de la chimenea hay dos enormes y antiquísimos sillones de roble, que ocupan generalmente la abuela y el jefe de la casa. En una sillita baja se sienta su esposa á hacer labor hasta las ocho, que se levanta y acuesta á sus hijos, ayudada en esta faena por la niña mayorcita, que tiene catorce años, después de haberles hecho arrodillar ante una imagen de la Virgen, rezando las oraciones de la noche, santa y piadosa costumbre que, grabada desde la infancia en el corazón de los niños, no se olvida jamás.

—Abuelita, dijo Federico, el mayor de los niños; cuéntenos usted una historia de aquellas tan bonitas que sabe.

—Cuando aprendáis la lección, dijo la anciana, tomando la calceta y aproximándose al fuego.

—Yo ya la sé.

—Y yo.

—Y yo, contestaron todos los niños á un tiempo.

—¿No me engañáis?

—No, señora, dijo César; la hemos estu-

diado antes de cenar, y sino verá usted que pronto se la explico toda.



—Calla, parlanchin, repuso Amparo, que era la niña mayor; si te pones á decir la lección, darán las ocho y no tendrá la abuelita tiempo de contarnos el cuento.

—Tiene razón la hermana, dijeron los otros.

—Sí, sí, abuelita; una historia, una historia.

El clamor de la infantil reunión era general, y tuvo necesidad su madre de hacerles guardar silencio, diciéndoles que ya iban á dar las ocho, y sólo les quedaba el tiempo preciso para rezar las oraciones de la noche.

—¡Qué lástima! murmuraba Evangelina con tristeza.

—Abuelita, repuso María de la Gloria colgándose del cuello de doña Tomasa; pida usted permiso á madre para que nos deje hasta las nueve.

—Yo se lo pediré, dijo Hernán, el más pequeño de los niños.

—Sí, sí, á ti no te niegan nada; vé, hermanito, y que nos conceda esta gracia.

—Voy corriendo.

Se levantó el gracioso niño, y dirigiéndose á su madre, exclamó con mimoso acento:

—Señora madre, ¿quiere usted que no nos acostemos hasta las nueve y nos contará la abuelita un cuento?

—Si padre os da permiso, corriente.

—Concedido, dijo D. Rafael, levantándo-

se de la mesa donde aun permanecía, para pasar á su despacho.

Todos los niños empezaron á gritar batiendo palmas con alborozo y rodeando á la anciana señora, que quitándose los anteojos, los puso en lo cestita de la calceta, y fué marcando á cada uno de los niños el sitio que debía ocupar, diciéndoles:

—Amparo y Federico á mi derecha, César y Evangelina á mi izquierda; y enfrente, formando corro, Hernán, Jesús, Lucas y María de la Gloria.

De esta manera colocó á los ocho niños, y luego que les hubo recomendado el mayor silencio y la más severa formalidad, volvió á ponerse los anteojos para continuar haciendo calceta, y con cascada y temblorosa voz refirió lo siguiente:

II

ARTURO

(Toda criatura, por humilde que sea su condición, puede sernos útil en alguna cosa.)

Hace un año escasamente que habitaba

la magnífica posesión del Palancar un caballero de Madrid, dueño de inmensas riquezas, y que debía ocupar un alto puesto en la corte, según lo comprometido que estaba en la política, y otras mil cosas que yo no os sabré explicar. Lo cierto y verdad es, que más de cuatro veces le vimos venir huyendo á esconderse en estos valles, donde pasaba largas temporadas sin aparecer jamás en público. Únicamente su hijo Arturo venía alguna vez á la aldea, pero siempre dándose una gran importancia y ostentando un lujo deslumbrador. Era muy orgulloso, y estaba acostumbrado al fausto y á la opulencia; así es que rara vez saludaba ni aun á los labradores más ricos de la aldea, á quienes llamaba *palurdos* y no sé cuántas cosas más. Si á los ricos miraba con desdén, á los pastores y jornaleros los despreciaba, burlándose de su miseria continuamente.

—¡El muy vanidoso!... exclamó César, nosotros no somos así, abuelita; antes al contrario, respetamos y queremos á los pobres.

—Si callarás, parlanchín, interrumpió el

juicioso Federico, reprendiendo á su hermano.

—Silencio, niños, repuso D.^a Carmen, y no volváis á desplegar los labios.

Al escuchar la severa voz de su madre guardaron silencio, y D.^a Tomasa continuó:

—Ya tendría Arturo quince años cuando una mañana pasó por el coto, ya sabéis, dista una legua de aquí; iba con su ayo en un magnífico carruaje tirado por cuatro arrogantes caballos. Al llegar á nuestra dehesa se detuvo un momento apeándose para disfrutar el apacible ambiente de la mañana: en esto se encontraron al pastor Bartolo tendido en tierra y llorando á lágrima viva.

—¿Qué hará este holgazán en medio del camino? dijo Arturo, lanzándole una mirada despreciativa; mejor estaría trabajando.

—Parece que está herido, contestó el ayo, se oprime un pie con las manos y llora el infeliz, ¿qué tendrá?

—Vamos, ayo, no le preguntes nada, déjale, no vaya á fastidiarnos con sus lamentaciones.

—¿Y si pudiéramos prestarle auxilio?

—¡Qué locura!... ¡Iría yo á incomodarme por un mendigo!... Vamos, vamos al coche.

El ayo siguió al orgulloso joven; muy á su pesar, procurando en los términos más dulces afean la conducta poco caritativa que usaba en aquel momento; pero él no escuchaba reflexiones de ninguna clase. Cuando entraron en el coche, vieron al pobre pastor que medio á rastras se había aproximado á ellos.

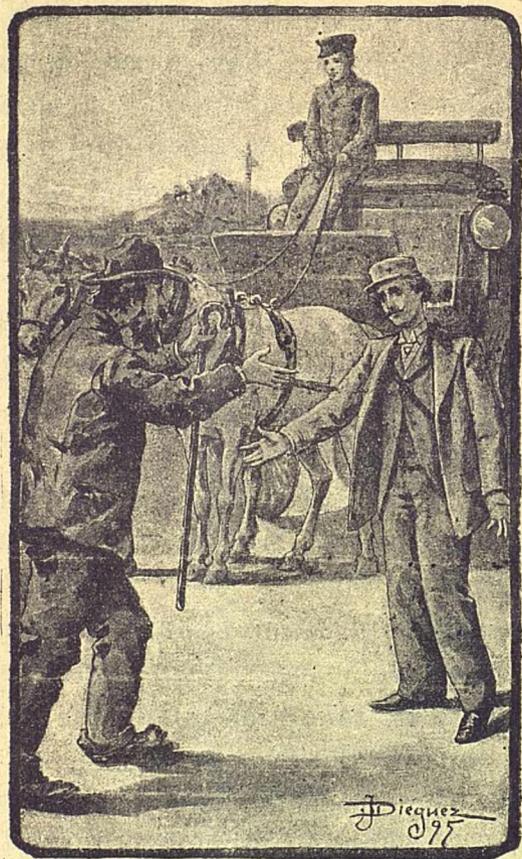
—¡Señorito! exclamó con lastimero tono, permítame V., por amor de Dios, ir hasta el pueblo inmediato en su carruaje; me colocaré con el lacayo.

—¡Vaya una pretensión!... dijo Arturo sin hacer caso del pastor, que le miraba con angustia.

Luego hizo un signo al criado para que cerrase la portezuela, pero Bartolo se interpuso, y juntando las manos en ademán de súplica, exclamó:

—¡Por piedad, señor!... concédame usted lo que pido; tengo á mi madre muy mala y acaban de decirme que me llama para darme el último abrazo; he querido correr tanto para llegar á verla, que me he dislo-

cado un pie y no puedo andar. ¡Oh! por todos los santos del cielo, permítame V. ir



á cerrar sus ojos, ó me moriré en este camino, de pena y desesperación!...

—¡No puede ser!... ¡imposible!... exclamó Arturo, mandando cerrar la portezuela.

—¡Oh! ¡madre mía!... ¡madre mía!... ¡morirás sin recibir el último beso de tu hijo!... gritaba el infeliz, y cayó en tierra medio ahogado por los sollozos.

El coche partió á escape, y mientras el pobre pastor lanzaba al aire sus lamentos, decía el soberbio y orgulloso adolescente, arrellanándose en los mullidos almohadones:

—¡Pues no faltaba más!... ¡Ahora iría yo á llevar semejante estafermo en mi coche!... ¡Hubiera estado gracioso, no hay duda!...

—Hubiera V. hecho una obra de caridad, dijo el ayo.

—Con más gusto le doy un puñado de oro, que llevarle en mi coche. Si fuera una persona decente, ¡vamos!... ¡pero esos miserables!... Confieso francamente que hasta me da repugnancia mirarlos.

—Hace V. mal en abrigar esas ideas, porque todos somos hijos de Dios.

—Es verdad, ayo; pero, como decía mi abuela, la condesa de la Estrella, *hasta en el cielo hay jerarquias*; y ocupando yo una

posición elevada, no puedo alternar con ese canalla miserable.

—El orgullo hacía delirar á la señora condesa y V. la imita en este momento.

—Tenga V. la bondad de callar, repuso Arturo irritado; mi papá le tiene á V. á mi lado para que me enseñe las ciencias y los idiomas que posee; no para insultar á mi noble abuela y á mi.

—Se equivoca V., niño; lo que yo hago es enseñarle la moral cristiana, haciéndole comprender que no debe nunca despreciar á los pobres, porque todos somos hermanos y les debemos consideración y respeto. ¿Quién sabe si ese infeliz que ha dejado usted anegado en llanto podrá algún día prestarle algún servicio, más grande quizá que el insignificante que reclamaba de V.?

—¡Oh! sí, por la gran posición que ocupa, podré esperar de él muchos favores, repuso Arturo con acento sarcástico.

—*Toda criatura en la tierra, por humilde que sea su condición, puede sernos útil en alguna cosa*, exclamó el ayo con solemnidad. Téngalo V. entendido, y no olvide

nunca mis palabras si desea evitar dolorosos desengaños.

Aquí fué interrumpida la conversación, cuyo giro iba nublando la frente del joven á causa de la llegada de unos señores que iban á esperarlo. Se detuvieron, y apeándose, continuaron á pie hasta la aldea?

Cuando subían por el camino toledano, cruzó por delante de ellos un caballo á todo escape; en él iba montado vuestro padre, que fué más compasivo que el orgulloso Arturo, llevando en las ancas del caballo al pastor Bartolo.

—¿Y fué padre, dice usted, abuelita? preguntó César.

—Sí, hijo mío; pero no tengas la costumbre de interrumpirme.

—Una palabra solamente, exclamó Amparo, ¿pudo al fin abrazar á su madre?

—Sí, y la salvó la vida, pues la infeliz moría de necesidad y fué socorrida tan á tiempo por su hijo, que aun vive y le quiere con delirio.

—El reloj está dando las nueve, hermana, ¿no lo oyes? dijo Hernán en voz baja á Evangelina.

—Cállate, no lo digas, repuso ésta.

Doña Carmen, que guardaba el orden más invariable en el interior de su casa, apenas escuchó la última campanada, dejó su labor, y levantándose, dijo á sus hijos:

—Niños, á besar la mano á la abuelita, después á padre, y á rezar las oraciones para irse á la cama.

Sin replicar una palabra se levantaron todos, abrazaron á su abuela y á D. Rafael, y entraron en una salita pequeña, donde había un altar con la imagen de la Virgen del Carmen. Arrodilláronse ante él, y alzaron, acompañados de su buena madre, sus inocentes preces al Eterno.

III

Serían apenas las siete de la siguiente noche, cuando los hijos de D. Rafael rodearon á su abuelita, rogándola continuase la interrumpida historia. Deseosa la venerable anciana de inculcar en el tierno ánimo de sus nietos ideas saludables, prosiguió de este modo, después de haber colocado á cada uno en su sitio:

El orgulloso Arturo se sonrió desdeñosamente al ver al pobre Bartolo, que con la satisfacción en el alma cruzó á su lado dirigiéndole una mirada de triunfo, con la cual quería decir: — ¿Ves como no faltan corazones compasivos? No he necesitado tu coche para llegar á recoger el último beso de mi madre.

Pasó este acontecimiento, y ni Arturo ni Bartolo volvieron á verse en mucho tiempo; aquél ocupado en sus aristocráticas reuniones, y éste cuidando de sus corderillos y saboreando la paz del alma y la envidiable tranquilidad del que tiene limpia su conciencia.

Llegó una época en que un temporal de lluvias continuo y sostenido hizo que los ríos se desbordasen, y particularmente el Tajo, cuyo caudal de aguas era inmenso, tanto, que arrancó los puentes, arrebatando en la crecida las barcas que servían para cruzarle en los diferentes pueblecillos de estas cercanías.

El padre de Arturo, como sabéis, tenía su quinta al otro lado del río, en la cual habitaba su esposa; él estaba en Madrid

con su hijo, y su posición debía ser muy crítica porque á consecuencia de motines ocurridos en la corte, habíale delatado como conspirador, y juzgándole en consejo de guerra, estaba expuesto á ser pasado por las armas.

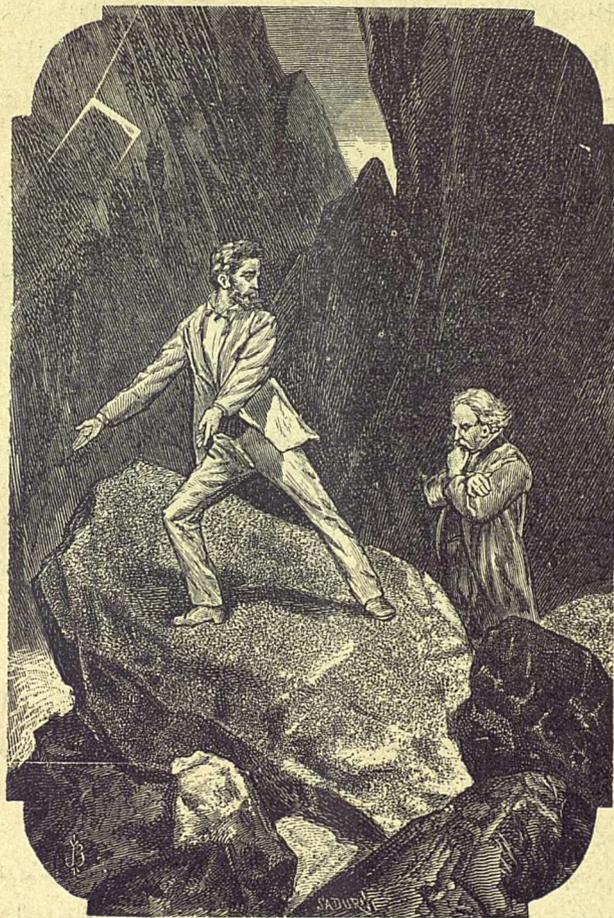
Arturo, en aquellos aflictivos momentos supo que en su posesión del Palancar guardaba su padre unos papeles, con los cuales probaría su inocencia y salvaría su vida, sin hacer caso del mal tiempo, y no teniendo, por otra parte, momento que perder, se puso en camino inmediatamente, seguido de su ayo. Llegaron á la aldea, buscaron la barca para cruzar el río; pero ¡oh desgracia! había sido arrebatada por la furiosa y embravecida corriente.

—¡No hay paso! gritaron los pastores desde el otro lado.

—¡Oh, Dios mío!... ¡y mi padre morirá mañana sin que yo le pueda salvar, cuando las pruebas de su inocencia están á cien pasos de aquí!...

—Pero entre esos cien pasos hay un mar de agua, y es preciso que una persona exponga su vida por salvar la de vuestro pa-

dre, dijo el ayo contemplando aterrorizado los valles que había cubierto el río, lle-



gando á inundar las primeras casas de la aldea.

—¡Si yo supiera nadar!... exclamó el joven con desesperación. Luego, dirigiéndose á una porción de jornaleros y pastores que se habían agrupado en torno suyo, les dijo:

—¿Quién de vosotros se atreve á cruzar el río?

El silencio sucedió á estas palabras, y ninguno se determinó á calmar la angustia del orgulloso Arturo, que siempre los había despreciado y entonces reclamaba su auxilio.

—¿No hay ninguno? volvió á gritar; yo le daré oro cuanto quiera para que viva en la abundancia.

—Señorito, se atrevió á decir uno de ellos; si perdemos la vida, no podrá el oro devolvérsela.

—¡Oh! ¡Mi padre morirá sin remedio!... exclamó Arturo, llorando de desesperación.

En tanto el Tajo seguía creciendo y sus aguas inundaban las dehesas y los sembrados; cada vez se hacía más arriesgado el paso. No pudiendo el joven resistir su angustiosa situación, prorrumpió en sentidas y amargas quejas. Empero ni sus ofertas ni sus lamentaciones decidieron á los al-

deanos, que por todo el oro del mundo no se hubieran expuesto á perecer entre las furiosas ondas del río.

Viendo Arturo la inutilidad de sus esfuerzos, quiso apelar al último recurso conmoviendo su corazón, y les dijo:

—Amigos míos, ¡por compasión!... por lo que más améis en el mundo, salvad la vida de mi padre y vuestra es toda mi fortuna.

—Ahora nos llama amigos, y siempre nos ha despreciado, el orgulloso, no contestando siquiera cuando le dábamos los buenos días, dijo uno de ellos.

—Sí; pues aunque nos llame hermanos, lo que es yo no paso.

—Ni yo.

—Ni ninguno, dijeron otros.

Quiso la buena suerte de Arturo que en aquel momento acertase á pasar por allí Bartolo; verle el atribulado joven y dirigirse á él, fué obra de un momento.

—¡Ah! ¡por favor! exclamó, juntando las manos en ademán de súplica; ¡si tienes un padre querido, yo te ruego, por su amor, que salves la vida al mío!...

—Padre no tengo, dijo Bartolo; pero si una madre, á la cual quiero con toda mi alma, y que por cierto no hace mucho tiempo tuve á las puertas de la muerte, y usted me negó el consuelo de llevarme en su coche para poder recibir su último abrazo.

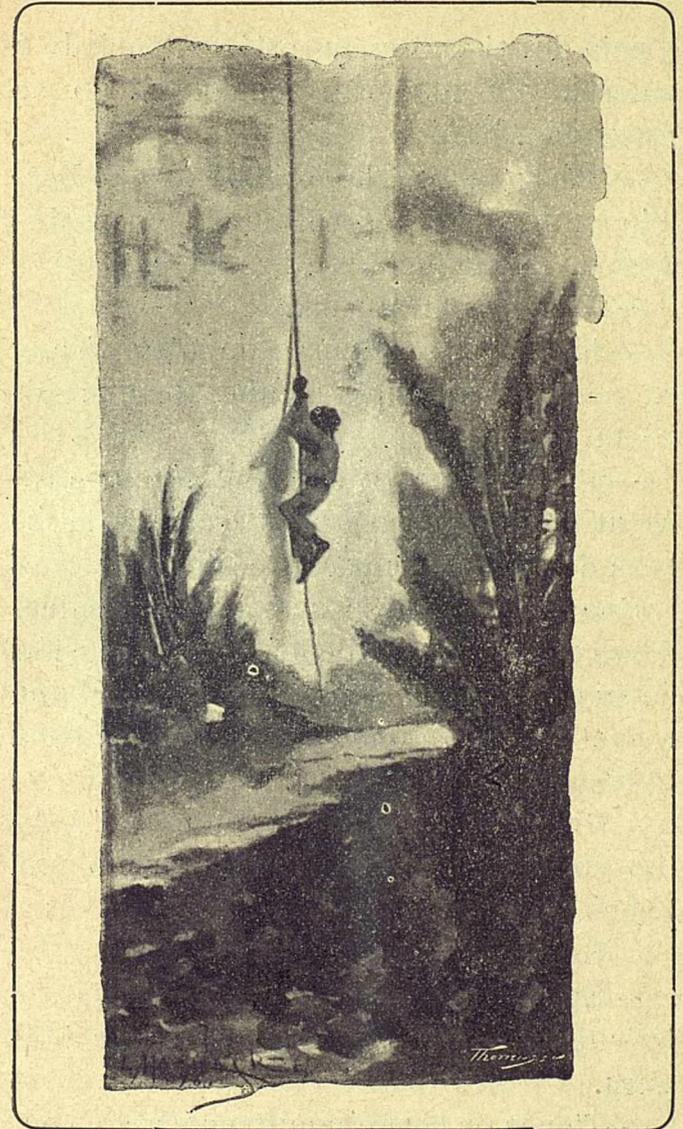
—¿Eres tú el que se había dislocado un pie? interrumpió el ayo, mirándole con desaliento.

—Si, señor; y aunque ustedes no accedieron á mis súplicas, no faltó un hombre generoso y compasivo que me llevase en su caballo, y además de tan insigne favor, salvase la vida de mi madre con sus socorros.

—¡Y ahora te vengarás de aquel rapto de orgullo! exclamó Arturo sollozando. ¡Oh! bien caro lo voy á pagar; ¡padre de mi alma!... mañana morirás y yo no puedo salvarte.

—Vamos, señorito, dijo Bartolo enternecido; ¿qué es preciso hacer para salvar su vida?

—Atravesar el río á nado y recoger de nuestra quinta unos papeles que están en poder de mi madre y que justifican la ino-



cencia de mi padre, que está sentenciado á muerte, y le fusilarán mañana si no se presentan.

—Pues ¡manos á la obra!... exclamó Bartolo en un arranque repentino, despojándose de la chaqueta y los zapatos.

—¡Vas á bajar al río!...

—Sí, señor; por el amor de mi madre, y en memoria del noble bienhechor que salvó su vida.

—¡Bendito sea tu corazón!.. murmuró Arturo loco de alegría y estrechando la cabeza del pastor contra su pecho.

Una hora después los documentos salvadores estaban en su poder, y en la efusión de su reconocimiento ofreció á Bartolo una respetable suma que en valores llevaba á prevención en la cartera.

—Guárdela V., señor, le contestó el infeliz; yo me contento en haber hecho una buena acción.

—Es que se la ofrezco á tu madre.

—En ese caso la admito, para que la pobrecita concluya sus días en mayor holgura.

—Tienes un corazón muy generoso, con-

inuó Arturo, y yo bendigo este momento de prueba, en que he aprendido á conocer que *toda criatura, por humilde que sea su posición, puede sernos útil en alguna cosa.*

Doña Tomasa calló al llegar aquí, y todos los niños, que habían guardado hasta entonces el más profundo silencio, exclamaron:

—¿Se ha concluido?

Sí, hijos míos: nada más tengo que añadir; el padre de Arturo se salvó, y Bartolo, gracias á su buen corazón, vive hoy independiente con ganado y labranza propios.

—Y bien lo mereció, dijo Federico: exponer su vida de aquella manera fué atrevimiento.

—¿No lo hubieras hecho tú? preguntó César.

—¡Qué sé yo! En igualdad de circunstancias puede ser que sí, porque al fin Arturo estaba arrepentido de su orgullo, y conoció que también los pobres tienen su valor en determinadas ocasiones.

—Lo tienen siempre, hijo mío, contestó doña Tomasa; cada cual vale en su esfera

y ocupa en la tierra el sitio que le ha destinado el Criador.

—Las nueve acaban de dar, exclamó doña Carmen, recordando á los niños la consabida costumbre.

—Entonces, buenas noches, abuelita, dijeron todos, besando respetuosamente su mano.

—¿Nos contará V. otro mañana? preguntó la mayor de las niñas?

—Sí, querida mía; ya tengo preparado uno que llamaremos la *Modestia y la vanidad* ó *Contra soberbia humildad*; ambos títulos le convienen, porque se encamina á demostrar los inconvenientes que tiene en las niñas el ser soberbias y vanidosas, y las muchísimas ventajas de la humildad y la modestia, que cual la violeta pudorosa y sencilla se esconde entre las hierbas de los campos, descubriéndola siempre su agradable perfume, que como el aroma de la virtud, sobresale y queda triunfante en todas las pruebas de la adversidad.

—Bien, bien; gritaron los ocho niños alborozados y batiendo palmas con inusitada alegría.

IV

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD

La inocencia y la humildad, son dos virtudes que, aunque la suerte les sea contraria, siempre hallan sobre la tierra su justa recompensa.

—Hijos míos, decía doña Tomasa la siguiente noche á sus nietos, haciéndoles sentar junto á sí: voy á satisfacer vuestros deseos, dando principio á la anhelada historia.

—Sí, abuelita, exclamaron los niños regocijados; tenemos un vivo interés en escucharla.

—¿Será muy larga? preguntó César.

—¿Y muy bonita? interrumpió Hernán.

—¿Dónde pasó? exclamó Amparo; debe ser un suceso verdadero, como todos los que la abuelita nos refiere.

—Si he de contestar á todas las preguntas, no empezaremos la narración esta noche, contestó doña Tomasa con acento de reconvención.

—Silencio, niños; nunca habéis de saber

callar, dijo Federico restableciendo el orden y preparándose á escuchar el relato de la anciana señora, que dijo así:

—Vivían en una capital de provincia dos primas, que por ser hijas de dos hermanos, llevaban el mismo nombre y apellido. Pepa López y Pepita López, así las nombraban para distinguirlas, aunque se distinguían bastante por su posición y sus cualidades.



Pepita, hija única de un propietario riquísimo, era de pequeña estatura; pero extraordinariamente bella, con un cutis de

raso, ojos negros y aterciopelados, de mirada dominante y avasalladora, donde se leía el orgullo y la altanería, que eran sus defectos más notables.

Pepa, por el contrario, huérfana y sin recursos de ningún género, vivía en casa de su tío, donde la habían recogido por



caridad; no poseyendo, como su prima, una belleza espléndida, ni una fortuna, era

muy modesta, muy humilde y sobremana-
ra tímida: cualidades que sobresalían en
su carácter excesivamente bondadoso y
dulce. Rara vez concurría á las reuniones
ni á los teatros; casi siempre retirada en
su habitación, ocupábase en labores útiles
y agradables, consagrándose en su aisla-
miento á ejercer la caridad, haciendo ropi-
ta para los niños expósitos de los estable-
cimientos de Beneficencia, en lo que pasaba
la mayor parte del tiempo, después de las
tareas de la casa.

Pasó algún tiempo.

Una noche llegó Pepita de un baile, don-
de había ido acompañada de su padre. An-
tes de acostarse fué Pepa, solícita y cari-
ñosa, según tenía por costumbre, á darle
las buenas noches, ayudándola al propio
tiempo á despojarse de las ricas galas con
que se adornaba.

—Si vieras, prima, qué contenta estoy,
le dijo; esta noche he sido muy feliz.

—Tú lo eres siempre, querida mía, le
contestó Pepa; ¿quién brilla tanto como tú?
Donde quiera que te presentas hallas ova-
ciones y entusiasmo.

—Es verdad; pero esta noche conseguí
eclipsar á todas las damas de la reunión:
me presenté ataviada con este bellissimo
traje que tanto realza mi belleza, y me ro-
dearon instantáneamente infinidad de ca-
balleros, los más distinguidos de la pobla-
ción, entre ellos el marqués del Agua,
recién llegado de América, joven notabili-
simo por su figura y por su fortuna, que
debe ser colosal, según el fausto que osten-
ta. No te puedes imaginar la impresión que
me ha hecho: creo que no voy á dormir
esta noche pensando en él.

—¿Tanto te gusta?

—Muchísimo, contestó Pepita con exal-
tación; y creo que no debo serle indiferen-
te, porque se acercó varias veces á pedirme
que bailase con él, y aunque sus palabras
no me declararon el estado de su corazón,
me pareció por su galanteria y sus muchas
atenciones que pensaba conquistar mi
afecto.

—¡Quién sabe!... eres tan hermosa, que
bien mereces la mano de un marqués.

—¡Oh, prima mía!... te aseguro que el ser
marquesa sería para mí el colmo de la



felicidad; yo no me contento con la medianía; he nacido para ser grande y no querré jamás entregar mi mano á un cualquiera.

Arrullada por estos sueños se acostó Pepita, teniendo grabada en el corazón la imagen del marquesito y su aristocrática corona, porque el defecto dominante de Pepita era una vanidad desordenada y ridícula.

Su modesta prima se retiró á su cuarto, y á las nueve de la mañana siguiente salió de su casa sencillamente vestida de negro, y acompañada de un criado, dirigiéndose primero á misa y después á llevar á las hermanas de la Caridad en una casa de beneficencia las prendas que tenía concluidas.

En el pórtico de la iglesia notó que un joven, embozado en una ancha capa, y casi cubierto el rostro con el embozo, le miraba mucho. Ella le miró por casualidad, y sin saber por qué sintió un estremecimiento nervioso bajo el influjo de la mirada magnética del desconocido.

Pepa no era una belleza notable, de esas que fascinan á primera vista; tenía, sí,

agradables facciones; pero lo que en ella más cautivaba era la expresión de angelical bondad que se retrataba en su rostro: parecía un espejo donde se reflejaban las emociones de su alma, y su alma era bella como ninguna.

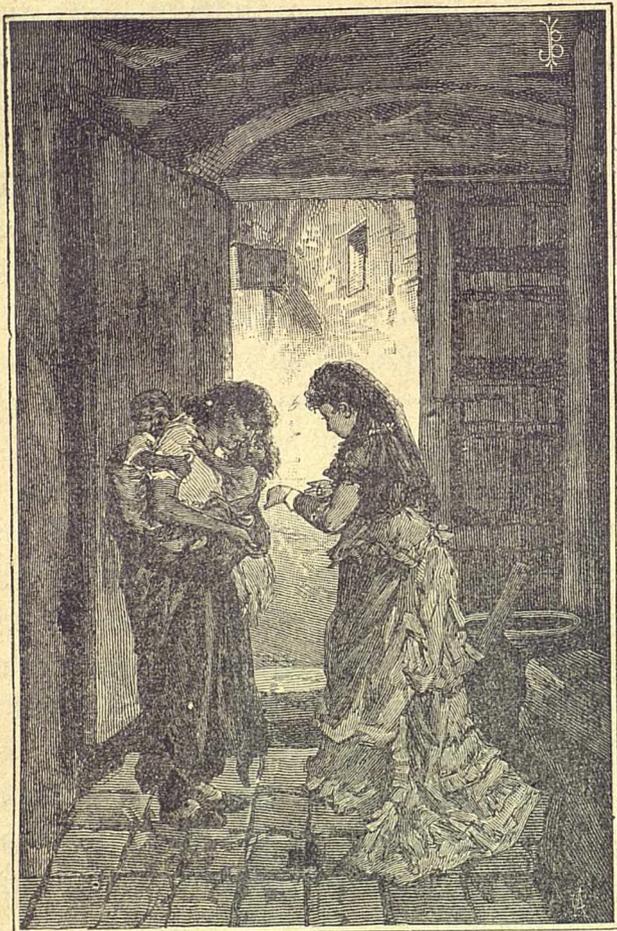
Al salir de la iglesia, una pobre mendiga que llevaba dos niños en brazos, extenuados ambos por el hambre y la miseria, se acercó á pedirle una limosna.

Pepa, que tenía un corazón muy compasivo, no pudo ver tanta desgracia sin derramar una lágrima.

—Hermana mía, le dijo, me duele en el alma no poder socorrer á V., pues soy muy pobre; nada poseo y vivo á expensas de la caridad de un hermano de mi padre; sin embargo, puedo disponer de estos pendientes que fueron de mi bendita y noble madre: tómelos V. y véndalos, mejorándose con su producto: ¡ay! aunque lloro al separarme de ellos, conozco que no podían emplearse mejor, y mi madre me bendecirá desde el cielo.

Al decir esto, Pepa hizo entrar á la mendiga en un portal para que nadie se

enterase de su acción; se quitó los pendientes y se los dió, estampando antes en



ellos un beso de despedida, en el que iba envuelta la mitad de su alma.

A poco salió del portal con el pañuelo en los ojos; el joven embozado había presenciado esta escena sin que ella le viera, y aprovechó un momento para preguntar al criado por el nombre de su señorita y las señas de su casa.

Cuando quedó solo con la pobre madre, que lloraba de gratitud, le pidió los pendientes, se los compró á buen precio, y la recompensó además espléndidamente.

Doña Tomasa, fatigada por la narración, se detuvo un momento, el que aprovechó doña Carmen para decir á los niños que se acercaba la hora de irse á la cama, y que valía más dejasen la historia en tal estado hasta la siguiente noche, porque además la abuelita se encontraba bastante fatigada.

Con la docilidad propia de la excelente educación que recibían aquellos ocho niños, se doblegaron inmediatamente á la voluntad de su madre, marchándose á acostar sin decir una palabra.

V

Anhelantes por saber el fin de la historia, no faltaron á la siguiente noche, estudiando primero sus lecciones, para que sus padres no tuvieran que reprocharles nada.

—¡Ea! estadme todos atentos, que voy á continuar, dijo la abuelita calándose las gafas y emprendiendo, al propio tiempo que su narración, su comenzada calceta.

—Quedamos en que el joven desconociendo le compró los pendientes á la mendiga, y desde entonces no faltó ningún día á la iglesia. Pepa, que iba diariamente á misa, le veía, y aquella mirada de fuego penetraba en su corazón, abrasándole y robándole la tranquilidad y el sueño. Ignoraba el nombre de aquel caballero; pero no podía dudar de su distinción y del respetuoso cariño que le demostraba.

A todo esto Pepita volvía cada noche del teatro más y más desesperada, porque el marquesito del Agua no le declaraba nunca su amor.

Una mañana estaban almorzando, cuando entró un criado con una carta para el señor de López.

El anciano la tomó, la leyó para sí, y después que hubieron servido los postres mandó retirar á los criados, diciendo á su hija y á su sobrina, que le acompañaban á la mesa:

—Esta carta es del marqués del Agua, ese rico americano que hoy hace tanto ruido en la capital; me pide la mano de la señorita doña Josefa López, rogando le conceda permiso para venir en persona á ofrecernos sus respetos y á saber la contestación.

—¡Oh! ¡Bien decía yo que no tardaría en declararse!... exclamo Pepita, palmoteando con estrepitosa alegría.

Pepa bajó los ojos; no conocía al marqués del Agua, y su pensamiento, fijo en el desconocido de la iglesia, á quien no podía olvidar un solo momento, no se detuvo á envidiar la felicidad de su prima; la felicitó con toda la efusión de su ternura, y se retiró á su cuarto.

Obtenido el permiso que demandaba, se

presentó por la tarde el marqués. Comprendiendo que no sería desairada su petición, llevaba para ofrecer á su futura, como primer regalo, un magnífico aderezo de brillantes de gran valor.

El señor de López le recibió afablemente, y le manifestó que el asentimiento á su demanda debía reclamarlo de la interesada; por lo tanto, pasaron á un precioso gabinete, donde las dos primas hacían labor.

—Hija mía, tengo el gusto de presentarte al señor marqués del Agua, que solicita tu mano, dijo el anciano á su hija.

Pepa le miró, exhalando un agudo grito; se puso densamente pálida, faltándole poco para desmayarse.

El marqués era su desconocido de la iglesia.

—¿Esta señorita es hija de usted? dijo éste corriendo hacia ella.

—No, señor; es mi sobrina.

—Pues á ella es á quien amo, y su mano es la que pretendo.

Esta vez tocó á Pepita palidecer, y empezó á sentirse agitada de un temblor nervioso.

—Mi prima es una pobre infeliz que tenemos aquí recogida por caridad, dijo con la ira y el despecho pintado en el rostro; y usted me ha hecho un ultraje al pretender mi mano, siendo á ella á quien quiere.

—Perdone usted, yo me dirigí á este caballero pidiéndole la mano de la señorita doña Josefa López.

—Esa soy yo.

—Y tu prima también, dijo el anciano; lleváis el mismo nombre, y en eso ha estado el error; pero ¿cómo ha podido usted conocer á Pepa, si ella no asiste á ninguna diversión y apenas sale de casa como no sea á la iglesia?

—Pues allí la he conocido, ejerciendo la caridad; he aquí una prueba de la bondad de su corazón y el origen del amor sin límites que la profeso, dijo el marqués presentando los pendientes.

—Son de mi sobrina, repuso el anciano; y ¿cómo están en poder de usted?

—Esta señorita, no teniendo dinero para socorrer á una pobre madre que imploraba su caridad, se los dió, y yo los adquirí

entregándoselos hoy con mi mano, mi fortuna y mi corazón.

—¡Ah! exclamó la joven; yo no puedo admitir: ¡soy pobre!

—Pero es usted rica de virtudes, y esa es la verdadera riqueza que se debe buscar en la mujer. Yo anhelaba para esposa una joven modesta y llena de encantos, que, huyendo de lucir sus gracias en el gran mundo, las esconde como la violeta en su pudoroso retiro, y sólo usted ha conseguido inundar mi alma de un júbilo infinito, con el amor al desconocido de la iglesia, que no ha podido ocultar porque lo descubren sus ojos.

Pepa, con el carmin del rubor en las mejillas, no acertaba á pronunciar palabra, mientras que su prima, furiosa, la dirigió una mirada de odio, y se retiró, pretextando un fuerte ataque de nervios.

Su vanidad se exaltaba al ver que la humildad y la modestia tienen también en el mundo su justa recompensa.

—¿Se ha concluido ya, abuelita? dijo Amparo, viendo que guardaba silencio la noble anciana.

—Si, hija mía; nada más tengo que añadir. Un mes después Pepa era la marquesa



del Agua, y su prima, no pudiendo resistir la envidia que la dominaba, al ver el fausto

y la riqueza de que la rodeaba su esposo, dejó de tratarla.

—¿Y no se corrigió de su soberbia?

—Al contrario, sigue en aumento; tanto, que es ya una solterona de cuarenta años, y no ha podido encontrar marido; mientras que la humilde Pepa es completamente feliz; esto os probará, hijos míos, que el buen paño en el arca se vende, y que suelen hacer mejores bodas las niñas que viven en la modestia y el recogimiento, que las locas y casquivanas que van de baile en baile y de fiesta en fiesta, como exponiendo la mercancía por ver si encuentra comprador.

Era la hora de retirarse, y los niños se acostaron, esperando con impaciencia la siguiente noche para que la abuelita les contase un nuevo ejemplo.

VI

CONTRA PEREZA DILIGENCIA

La actividad y el trabajo son las bases más firmes de la fortuna, así como la holgazanería y pereza suelen ser casi siempre la ruina de las familias.

—Escuchad, hijos míos, el siguiente ejemplo, para que comprendáis prácticamente las consecuencias de la ociosidad y del trabajo, dijo doña Tomasa á sus nietos, colocándolos á su rededor.

Los niños, con la curiosidad pintada en sus infantiles rostros, se dispusieron á escuchar silenciosamente.

—Había en una pequeña aldea, cuyo nombre no hace al caso, pero que bien pudiera ser la misma en que nos encontramos, dos hermanos, sencillos labriegos que habían recibido de su padre una herencia muy regular, consistente la mayor parte en viñedos, olivares y ricas fincas rústicas y urbanas.

—Cosme y Damián se llamaban los dos

hermanos; eran gemelos, y se parecían muchísimo físicamente, hasta el punto de confundirlos en el pueblo; pero en cuanto



á las cualidades intelectuales y morales, eran el reverso de la medalla el uno del otro.

Cosme aplicado, laborioso y de intachables costumbres, se dedicó desde su niñez al cultivo de la labranza, mereciendo por esto el dictado de zafio y lugareño con que le designaba siempre su hermano, que era enteramente opuesto á toda clase de trabajo.

Su bondad, hija de un corazón sano y honrado, era extremada, y le hacía escuchar con indiferencia los sarcasmos y las

burlas de que era objeto, contentándose, por toda venganza, con decir muchas veces á Damián:

—Si, yo seré zafio y todo lo que quieras; pero tú, con esa vida que llevas de pereza y holgazanería, nunca harás prosperar tus heredades, y ten cuidado con ellas, mira que «hacienda, tu dueño te vea, y sino que te venda», como dice el refrán, y tú la tienes enteramente abandonada, como si el trabajo no fuera el elemento principal para la riqueza.

—¿Qué sabes tú, necio? le contestaba amostazado su hermano; yo tengo quien cuida de todo, y además ¿quieres que viva como tú, que ni siquiera sabes la gramática?

—Sé lo bastante para manejarme; creo que un labrador como yo y como tú, con saber el catecismo para enseñar á nuestros hijos la doctrina cristiana, y las cuentas de comprar y vender para que nadie les engañe, saben lo bastante.

—Claro, y si te preguntan dónde está Francia, dirás que en los cuernos de la luna.

—¿Y á mi qué me importa? Cada uno en su oficio es maestro, y yo no necesito saber otra cosa que cultivar la tierra y hacerla producir muchos y buenos frutos. El que de todo quiere entender, nunca sabrá nada bien, por aquello de: «oficial de todo, maestro de nada».

—¡Ea! á mi no me vengas con tus sermones y tu gramática parda; yo hago mi gusto y no admito consejos de nadie, mucho menos de un tonto de capirote como tú.

—Pues hijo, con tu pan te lo comas, contestaba Cosme con su santa paciencia; yo sigo en mis trece: trabajo y actividad labran la prosperidad.

Y en efecto, así siguieron; Cosme estaba en el campo antes del alba vigilando á sus trabajadores y trabajando él también, sin importársele un ardite; por la noche se pasaba un par de horas en casa de su novia, que era una joven aplicada y hacendosa como él, y después se marchaba á acostar, pensando siempre en el dichoso día de su casamiento, que habían fijado para un plazo no lejano.

Por su parte Damián no iba nunca al

campo; se levantaba á las diez de la mañana, y se marchaba á la puerta de la iglesia á ver las muchachas que salían de misa



mayor; después hacia su visita diaria al boticario, al cura y al escribano: á éste con más interés porque tenía una hija, la más guapetona y más elegante del pueblo, con quien Damián tenía relaciones.

Las tardes solía pasarlas leyendo en la orilla del río ó pescando, afición muy general en todos los holgazanes; volvía al



anochecer, y era de rigor el ir á casa del alcalde ó á la del boticario á echar un *mediator* ó una *malilla* hasta las diez ó las once de la noche.

—Advierto, hijos míos, que se acercan

las nueve y es preciso dejar interrumpido este verídico suceso hasta mañana.

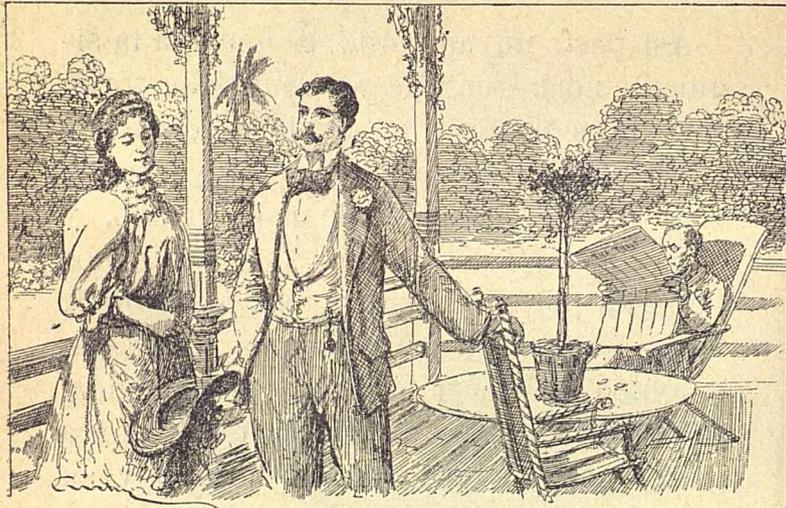
VII

Así pasó un año, dijo la anciana la siguiente noche, en que se reunió en torno suyo la pequeña tropa, ávida de escuchar la historia de Cosme, por quien ya sentía vivo interés. Al cabo de este tiempo, y cumplido el luto que los dos hermanos llevaban por su padre, se casaron ambos, teniendo Cosme en Teresa una mujer que le ayudase á hacer prosperar su hacienda, y Damián en Sofía un nuevo motivo para gastar infructuosamente su dinero y su tiempo.

Mientras los primeros pasaron los días entregados al trabajo y las privaciones, iban los segundos de fiesta en fiesta y de pueblo en pueblo buscando la diversión y el placer que no hallaban en su casa.

La costumbre es en la criatura una segunda naturaleza, y los hábitos que se contraen en la juventud son muy difíciles

de desarraigar en la edad madura. También es verdad que influyen mucho las inclinaciones en nuestras costumbres. El que tiene un carácter flojo no ama el trabajo y se deja seducir con frecuencia por los in-



centivos del placer. En cambio, las personas activas y amigas del orden y la aplicación viven en su elemento, desempeñando uno y otro día sus ocupaciones sin la menor molestia ni fatiga.

Las consecuencias de ambos sistemas no tardaron mucho tiempo en dejarse conocer en las casas de los dos hermanos, y fué la

mayor desgracia para Damián el que su fortuna empezó á resentirse cuando se vió con familia. Entonces conoció el error en que había vivido; pero no pudo remediarlo; estaba lleno de compromisos, de acreedores que le asediaban, y sus tierras, infecundas y estériles por falta de cultivo, no le producían lo bastante para sostenerse.

Ya era tarde para remediar el mal.

Llevando cada día un puñado de tierra, se forma una montaña al cabo de cierto tiempo; pero si aquella montaña se necesita de repente, no es posible construirla en un día.

Así le sucedió á Damián, le vendieron sus propiedades para pagar á los acreedores, y viéndose sin criados procuró trabajar; pero como no tenía costumbre y se entregó con demasiado ardor á tareas penosas, cayó enfermo.

Sus hijos le pedían pan, y el infeliz no tenía ni un pedazo que llevar á la boca; estaban desnudos y descalzos, y no tenía dinero para comprarles ropa ni calzado. Su mujer, de todo entendía menos del

arreglo de la casa; pasaba el día en la de las vecinas, lamentándose de la desidia y pereza de su marido, que había dejado perder una hacienda tan pingüe como la suya. En vez de ayudarle le abrumaba con sus reconvenciones y soportaba con muy poca paciencia su adversa suerte.

A tanto llegó su miseria, que vendieron el último olivar que les quedaba, sin que por eso Sofía dejase sus humos de gran señora, ni consintiese en despedir á la criada, para ocuparse ella misma de los quehaceres domésticos.

Faltó el pan y faltó con él la armonía en aquel matrimonio, que, siempre en querrela, se echaban en cara mutuamente la culpa de su desgracia. Teníanla ambos; pero no lo confesaban, ó más bien no lo creían, porque ninguno conoce bien sus defectos.

En este estado, las disensiones internas llegaron á ser tan fuertes, que un día rodaron todos los cacharros de la cocina, y tuvieron que separarse. ¡Triste suerte!... un matrimonio disuelto, una fortuna destrozada, unos hijos abandonados!... y todo porque faltó la base primordial de la casa: el

trabajo, la economía, el orden; los tres elementos que sacan la nave del hogar á seguro puerto.



¿Qué hacen entre tanto Cosme y Teresa? Veámoslo.

A la entrada de la población, y en la ribera misma del río, había muchos años antes un pequeño huerto que heredó Cosme de su padre. A la sazón, aquel huertecillo con su humilde choza, se halla convertido en una posición magnífica.

Cosme y Teresa llevaron un puñado de tierra cada día y formaron una montaña formidable. Él con su trabajo y su actividad, ella con su economía y con su orden, fueron adquiriendo poco á poco terrenos circunvecinos y ensanchando su casa, en términos que Cosme se hizo el propietario más rico de la población.

Todas las fincas que vendió su hermano fueron á su poder y otras muchas que adquirió honradamente.

Cuantas veces pretendieron socorrer á Damián y Sofía, les rechazaron éstos con altanero orgullo, porque en sus locas esperanzas se imaginaban ver de un momento á otro reconstruída con creces su fortuna por un golpe de azar, uno de esos acontecimientos impensados, caprichos de la suerte, que tornan de repente á un mendigo en poderoso señor.

Lastimados naturalmente por la repulsa, no volvieron intentar adelantarse, esperando que fueran abajo aquellos castillos de naipes, y entonces irían ellos mismos á implorar su socorro.

Para nada les necesitaban, eran felices;

tenían riquezas y paz, y se profesaban un amor sin límites; amargando únicamente tan pura dicha su eterna soledad, pues no les concedió hijos el Señor, esos pequeños ángeles que son el sol de himeneo.

Teresa suspiraba muchas veces.

—¡Ay! decía, Damián y Sofía riñen y son desgraciados teniendo dos hermosos niños. ¡Si yo los tuviera!

—Quizá no fueras tan feliz, le contestaba su marido. Cuando Dios no nos otorga esa gracia, será que no nos hagan falta.

—¡Es verdad!... Yo acato resignada su poderosa voluntad, decía Teresa sonriendo y mirando al cielo con muestras de inmensa gratitud.

Así pasaron muchos años. Damián y Sofía, perdida toda su hacienda, se marcharon cada uno por su lado; él consiguió en unas salinas un empleo de poquísimo sueldo, que apenas le bastaba para mantener á sus hijos. Ella, siempre ávida de placeres y de grandezas, entró á servir de doncella en casa de una marquesa.

VIII

A la siguiente noche continuó la anciana de este modo:

—Era una fría y nebulosa tarde del mes de enero; había nevado copiosamente en el



país y estaban los caminos con una cuarta de nieve.

Esta circunstancia hacía imposibles las labores agrícolas; de manera que al anochecer estaban reunidos en la plaza la mayor parte de los labradores del pueblo.

Cosme, que era el alcalde aquel año, salió á dar algunas disposiciones para que

cuadrillas de jornaleros fuesen quitando la nieve que obstruía las calles y los caminos, haciendo éstos intransitables, sobre todo el que conducía hasta el molino, que era el más frecuentado por las gentes de la aldea.

—¡Ea, señor Cosme! dijo un labrador, yo no me determino, porque conforme va cayendo la tarde se va sintiendo un frío horroroso.

—Siempre seréis unos cobardes holgazanes; venga una pala, yo iré delante enseñándoos á no retroceder ante el peligro, cuando se trata de hacer una buena obra.

—Es que ya ve usted...

—Nada, no hay que venirme con reticencias; adelante. El que no me siga dormirá esta noche en la cárcel.

—¿Pero si es un trabajo inmenso, señor alcalde? dijeron varios.

—Es un trabajo hecho en media hora si se emprende con buena voluntad, dijo Cosme; el molino apenas dista de aquí cien pasos, y el tránsito hasta él es sumamente necesario, porque desde ayer no hay pan en el pueblo, ni harina; tienen que ir esta

misma noche á moler y volverán antes de amanecer; de manera que, si no desembarazamos el camino de la nieve que le obstruye, tendremos esta noche cincuenta desgracias, vuelcos de carros, mulas perniquebradas y labradores extraviados por esos campos, que perecerán en medio de la nieve.

—Tiene razón el señor alcalde, dijeron algunos.

—¡Ea! pues vamos allá; yo soy el primero.

—¡Y yo, y yo!... repitieron varios, animados por el ejemplo del que tomó la iniciativa.

--En marcha, pues; yo voy á la cabeza, exclamó Cosme enarbolando la vara de la autoridad y adelantándose hacia el camino indicado.

Poco después ya tenían hecha la mitad de la obra, y á las evasivas del principio sucedió una franca alegría y un estímulo que les obligaba á querer todos adelantarse para ganarse la voluntad de Cosme, que les había ofrecido unos sendos tarros de vino para cuando llegasen al molino.

Las sombras de la noche habían extendido ya su enlutado manto por la atmósfera, cuando distinguieron los primeros árboles de la ribera.

—¡Ea! ya hemos terminado la tarea, señor alcalde, dijeron los primeros volviendo atrás.

—¿Pues, cómo? preguntó Cosme.

—Se conoce que los molineros se han anticipado á nuestro deseo, y tienen ya desembarazado de la nieve el camino que conduce hasta su propiedad.

—Me alegro; son unos buenos muchachos; pero vamos allá, que os cumpliré mi oferta.

A poco entraban todos en el molino, donde encontraron un cuadro conmovedor.

En el inmenso hogar de la anchurosa cocina ardía un montón de sarmientos, animándolo todo con su resplandor, que á veces crecía ó menguaba, según se iba quemando la leña.

A la derecha del hogar había una tarima grande, á la izquierda otra, y estaban ambas rodeadas por las gentes de la casa, que prestaban sus minuciosos cuidados á

tres seres moribundos que yacían acostados en aquellos lechos de madera. Los que ocupaban la tarima de la derecha eran dos niños, que contarían apenas ocho ó diez años; estaban demacrados, pálidos y con evidentes señales de la miseria más espantosa, impresa en sus desfallecidos rostros.

En la de la izquierda se veía un hombre que no debía ser muy viejo, pero que había encanecido prematuramente por efecto de la desesperación y la desgracia de una vida llena de sufrimientos y dolores.

Su flaco y macilento rostro parecía más horrible aún por estar cubierto de una barba larga, canosa y desordenada. Su cabellera cana caía en mechones por ambos lados de las sienes, teniendo completamente calva la parte superior de la cabeza. Aquel hombre estaba moribundo; un sacerdote acababa de retirarse después de haberle confesado y administrado los Santos Sacramentos.

Al salir de la cocina, encontró á Cosme que entraba con la cuadrilla de trabajadores.

—Señor alcalde, dijo el sacerdote, llega usted á tiempo; le iba á buscar á usted.

—¿Pues qué sucede? preguntó Cosme.

—Una desgracia.

—¿Cómo!

—Suplico á usted que se revista de valor antes de saberla.

—¿Acaso me toca de cerca?

—Sí, señor, y ha herido á uno de sus más próximos parientes.

—¿A Damián?

—Justamente, señor alcalde, dijo el sacerdote, apartándose para dejarle paso.

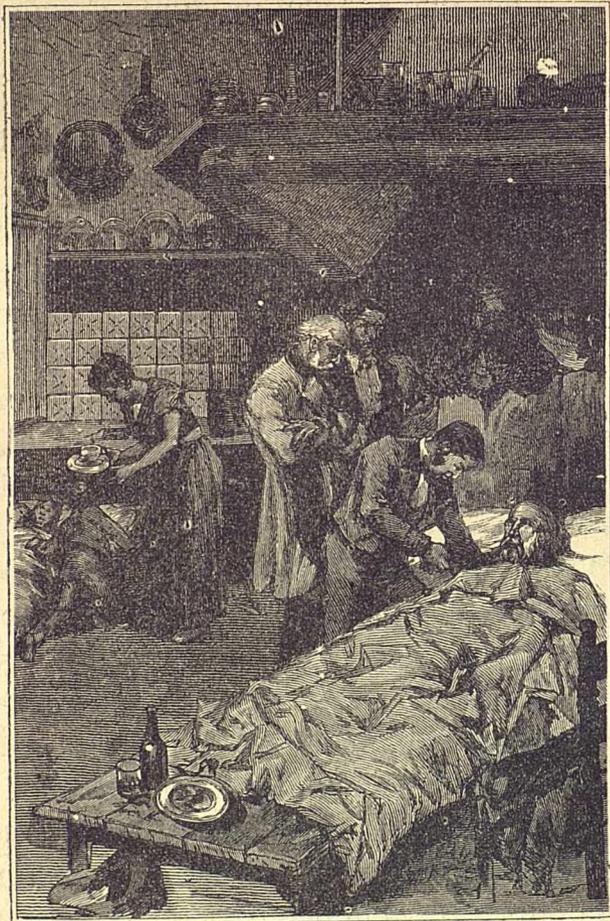
—¿Dónde está mi pobre hermano? quiero verle.

Varios hombres enharinados le señalaron con el dedo la tarima que ocupaba Damián. Cosme se precipitó hacia ella y cayó de rodillas á la cabecera de aquel lecho mortuario, exclamando:

—¡Hermano mío! ¡mi querido Damián!

El moribundo abrió los ojos, los fijó con profunda expresión en el rostro del honrado labriego, y murmuró con un acento tan débil que más bien se adivinaban que se oían sus palabras:

—¡Cosme! ¡me muero!... Ahí te dejo mis hijos... tú eres bueno y generoso... enséña-



les tus virtudes, hazles amar el trabajo y serán felices.

Aquí se detuvo como para tomar aliento, sus fuerzas estaban completamente agotadas.

Por las mejillas de Cosme corrían abundantes lágrimas, sus manos estrechaban las heladas ya y cadavéricas de Damián, y no se atrevía á decir una sola palabra por temor de perder las que su hermano tenía que decirle.

Este siguió con visible languidez.

—Hermano mío, he sido holgazán, desidioso; he dejado perder la herencia de mis padres y labré mi desgracia y la de mis hijos, dejándoles en el mundo sin un pedazo de pan.

—En mí tendrán un padre, te lo juro, murmuró Cosme.

—Gracias: con tu promesa muero tranquilo.

—También su padre y tú tendréis un sitio en mi mesa.

—Su madre ha muerto en un hospital: yo me sentí también herido en el corazón y vine á traerte mi herencia.... mis pobres hijos.

—Yo la acepto como si fuera un tesoro, dijo Cosme anegado en llanto.

—¡Gracias, hermano mío!... muchas gracias. Perdóname el haber sido contigo indiferente, ingrato... ¡Adios; ruega por mí!...

Las fuerzas del desgraciado Damián estaban agotadas; su cabeza cayó sobre la almohada, y rindió su aliento al Señor, dirigiendo á su hermano la última y suplicante mirada, en la que iba envuelto el más ardiente deseo de su alma.

Teresa estaba sentada junto al hogar, la rodeaban varias aldeanas, criadas unas de la casa, mujeres otras de los criados que habían seguido al alcalde en su excursión para desembarazar de nieve el camino.

Ya las piadosas mujeres habían rezado dos ó tres veces el santo Rosario y habían tomado y dejado otras tantas con visible impaciencia las calcetas á medio hacer que tenían en la mano.

Teresa se levantó, dejando su labor en la mesita de pino que tenía delante, fué á la ventana, y abriéndola de par en par exclamó:

—¡Dios mío! preciso es que haya sucedido á mi Cosme alguna desgracia: él nunca se detiene tanto, y son ya cerca de las nueve, dijo una de las aldeanas.

—¡Quién sabe si alguno de nuestros maridos habrá perecido entre la nieve! dijo otra.

—Por fortuna van muchos y se ayudarán unos á otros, dijo Teresa.

—Es verdad que ha sido bien temeraria la empresa: ¡tiene unas cosas el señor alcalde!...

—Mira, no vengas aquí murmurando de lo que no entiendes; bastante angustia tengo yo en mi alma, dijo Teresa, sentándose de nuevo junto á la chimenea, para volverse á levantar á los dos minutos.

—Pues la noche está serena, dijo una de las mujeres; ello sí, se hielan las palabras y deben venir ateridos de frío.

—Echa más lumbre, Nicolasa, dijo Teresa á la criada, volviendo á quedar abismada en su profunda inquietud.

En el reloj de la villa dieron las nueve: al escuchar las sonoras campanadas, la mujer de Cosme, no pudiendo sufrir más

su impaciencia, se lanzó á la puerta; pero en el mismo instante se abrió ésta brusca-mente, apareciendo Cosme en el umbral.

—¡Cosme de mi alma! dijo Teresa, arro-jándose á sus brazos y llorando de alegría.

—Teresa, querida mía, dijo éste, te traigo dos hijos y vienen enfermos, desnudos y hambrientos; empieza á cumplir con ellos tus deberes de madre.

Al decir esto se apartó para dejar paso á los hombres que conducían la camilla donde iban acostados los dos niños.

—¡Desgraciados! dijo Teresa acercándo-se á ellos y queriendo remediarlos con el calor de sus besos.

—Son los hijos de mi hermano, repuso Cosme, enjugando una lágrima que se des-lizó á lo largo de su mejilla; son huérfanos y no tienen amparo en el mundo.

—Nosotros seremos sus padres, Cosme, interrumpió Teresa, llorando también. El Señor, apiadado de mis súplicas, me con-cede los hijos que le había pedido.

—Los infelices han estado á punto de perecer entre la nieve: los molineros les salvaron milagrosamente; pero mi pobre

hermano, enfermo ya, no pudo resistir los rigores del frío y ha muerto en mis brazos.

—¡Dios le haya perdonado! Recemos por su alma, dijo la piadosa Teresa arro-dillándose. Los circunstantes la imitaron, elevando sus ruegos al Supremo Hacedor.

Cuando terminó la plegaria, Teresa, que tenía entre las suyas las manos de los ni-ños, las besó con ternura, diciendo:

—Hijos míos, creced bajo el amparo de nuestro amor, poniéndoos al abrigo de la miseria, bajo el árbol sagrado de la activi-dad y del trabajo. Sus frutos dan la felici-dad, la paz del alma, y el sosiego que presta una conciencia tranquila y pura.

Doña Tomasa se calló; después de unos instantes dijo:

—Esta es la historia de Cosme y de Damián; ved los frutos del trabajo y de la holgazanería.

—Por eso nosotros, abuelita, tenemos ocupadas todas las horas del día; desde la escuela venimos á estudiar nuestras leccio-nes, y cumplimos siempre activamente las tareas que nos imponen nuestros padres, dijo Federico.

—Ahora, hijos míos, id á descansar; mañana domingo no hay cuentos: pasado mañana empezaré la historia de tres hermanas.

IX

Tres ó cuatro noches tardó doña Tomasa en referir á los niños el cuento moral que insertamos á continuación.

LOS TRES DONES

La hermosura y las riquezas no hacen felices á las criaturas; á veces en la vida pueden ser auxiliares para la felicidad, si se emplean bien; pero también en ocasiones se convierten en agentes de la desgracia.

Hace muchísimos años que vivían en una capital de provincia tres hermanas, hijas de un pobre carpintero, muy viejo ya, y que por estar casi siempre enfermo apenas ganaba lo suficiente para sostener á su familia.

Habitaban en un triste y mezquino albergue, situado en los arrabales de la pobla-

ción, completamente desprovisto de comodidades, porque sobre ser mucha su pobreza, las hijas del carpintero no hacían nada de su parte para embellecer su vivienda ni para mejorar su posición.

Las llamaban en el barrio las tres Marías, porque todas llevaban este santo



nombre en obsequio á la Santísima Virgen, de quien sus padres eran extremadamente devotos.

María Estrella, la más pequeña, era la mejor de todas, la más aplicada y trabajadora; las otras dos, María de Gracia y María Antonia, tenían poco apego á la vir-

tud y al trabajo, y solían pasarse los días enteros poniéndose en la cabeza lazos y moños y paseándose con el cantarillo del agua desde la fuente á su casa, por el gusto de oír los requiebros y lisonjas que los mozos del pueblo las prodigaban, debidos más á su desenvoltura y desparpajo que á su virtud y belleza, porque no tenían nada de bonitas.

Una oscura y tempestuosa noche de invierno, hallábanse las tres hermanas con sus ancianos padres disfrutando del benéfico calor de la lumbre que ardía abundantemente en una anchurosa chimenea, donde se asaba, esparciendo un olor agradable, un pedazo de carne, regalo que pocas veces disfrutaba aquella pobre familia.

El huracán resonaba con más fuerza cada vez, y un fuerte aguacero había empezado á inundar las calles de la ciudad.

—¡Qué noche tan espantosa! dijo María Estrella dirigiéndose á una viejecita que estaba á su lado; recemos, madre mía, por los pobres viajeros que sufren en el camino los horrores de la tempestad.

—Sí, hija mía, contestó la anciana; rece-

mos en voz baja, porque tus hermanas se burlan de nuestras oraciones.

Mientras las dos mujeres elevaban sus preces al Eterno, María de Gracia y María Antonia se asomaban á la ventana, lamentando la cobardía de sus novios que, por miedo á la tempestad, no paseaban la calle como otras noches.

De repente se oyeron en la puerta repetidos y fuertes golpes.

—¿Quién llama? preguntaron con aspreza las muchachas.

—Un pobre caminante que pide hospitalidad por amor de Dios.

—Más abajo está la posada, buen hombre.

—Por piedad, dejadme descansar un rato, que vengo enfermo y muerto de frío, y no tengo recursos para pagar el alojamiento.

—Nuestra casa no es albergue de mendigos. Seguid, y que os recojan en la posada, dijo María Antonia.

—Estoy muerto de frío y no puedo dar ni un paso, contestó con débil voz el anciano.

—Dejadle entrar, hermanas: ¡pobrecito!

dijo María Estrella, adelantándose con lágrimas en los ojos y franqueando la puerta.

—Entrad, pobre anciano, dijo la caritativa joven, oyudándole á levantarse del suelo donde había caído desfallecido.

—¡Dios os lo pague! murmuró con reconocimiento.

—Venid y calentaos, dijo, llevándole al mejor sitio de la chimenea.

El carpintero y su mujer aplaudían la conducta de su hija pequeña, mirando con disgusto los malos sentimientos que demostraban las dos mayores.

Estas se pusieron á cenar, sin ocuparse para nada del infeliz mendigo que aspiraba con envidia el apetitoso olor que exhalaba la carne asada.

María Estrella, dividiendo por la mitad el trozo que á ella le correspondía, lo puso en un plato con un pedazo de pan, y se lo dió al anciano, diciéndole:

—Tomad, pobre hombre; tendréis hambre sin duda, y aquí hay cena para todos.

—Muchas gracias, hija mía: Dios os premiará seguramente, exclamó el infeliz, devorando en pocos minutos la ración.

—Si yo fuera muy rica, también me gustaría socorrer á los pobres, dijo María Antonia; pero somos tan pobres, que apenas tenemos lo bastante para nosotros.

—¿Os gustan las riquezas? dijo el pobre.

—Muchísimo. ¡Ah! yo daría cualquier cosa por tener palacios, carruajes y criados: yo creo que la felicidad de la vida sólo consiste en eso, repuso María Antonia.

—Te engañas, hermana, añadió María de Gracia; yo me figuro más bien que la dicha consiste en la hermosura. La más bella de las mujeres debe ser más feliz, porque todos á porfía la adulan, la aman y la colman de riquezas y felicidades.

—De manera que si te dieran á escoger entre la riqueza y la hermosura ¿qué elegirías?

—Esto último, dijo con viveza María de Gracia. Si tuviera la dicha de encontrar en mi camino algún mago ó hechicera que me concediese el dón de la belleza, sería la criatura más dichosa.

—Yo le pediría el de las riquezas, porque con dinero todo se consigue, dijo María Antonia.

—Pues yo le pediría el dón de la resignación, repuso la más pequeña de las tres hermanas.

—Tú siempre has de ser tonta, dijo la mayor.

—Qué quieres, hija, yo creo que la felicidad está en resignarse cada cual con su suerte; y si yo tuviera ese dón que me hiciera conformarme siempre con las contrariedades de la vida, creo que conseguiría ser completamente dichosa, aunque no tuviera riquezas ni hermosura, dijo María Estrella con angelical paciencia.

Sobre este tema continuaron hablando las tres hermanas mientras duró la cena.

Llegó el momento de acostarse y se marcharon las dos mayores, sin pensar en el pobre mendigo ni en los ancianos, que ayudados de María Estrella, fueron á descansar.

Cuando todos estuvieron durmiendo salió María Estrella y dijo al pobre que dormitaba en el rincón de la chimenea:

—Venid, buen anciano, dormiréis en mi cama.

—¿Y vos, pobre niña?

—Yo me quedaré en este banco; soy joven y puedo soportar mejor que vos las fatigas de una mala noche.

El mendigo la miró con enternecimiento, y sin decir palabra, fué á ocupar el lecho que la piadosa joven le cedía, en tanto que ella, muy contenta, se acostaba en un banco de madera.

Los primeros albores de la mañana dispararon la tempestad, y el día amaneció sereno y despejado.

María Estrella, que temía las burlas de sus hermanas, fué antes de que éstas se levantasen á llevar un vaso de leche al pobre mendigo, y se encontró con que había desaparecido.

Sobre la cama encontró tres pliegos cerrados, que contenían los tres dones que las jóvenes habían deseado poseer.

Decían los sobres:

«Dón de la hermosura, para María de Gracia.»

«Dón de la riqueza, para María Antonia.»

«Dón de la resignación, para María Estrella.»

Abierto este último por la joven, sólo

encontró en él una imagen de la Virgen, que guardó religiosamente en su pecho como un tesoro sagrado.

Luego corrió á entregar los pliegos á sus hermanas, contándoles lo sucedido: éstas



los abrieron precipitadamente. El de María Antonia contenía la escritura á su nombre de un magnífico palacio con infinidad de posesiones, que estaba en venta en la ciu-

dad; en el de María de Gracia, había solamente un espejo, al que se miró enseguida, encontrando que había desaparecido de su rostro su anterior expresión, sustituyéndola una hermosura admirable que encantó á sus mismas hermanas, que la contemplaban atónitas.

María Antonia al verla tan bella, no pudo reprimir su impulso de envidia; pero estrechó los papeles contra su pecho, muy satisfecha por la riqueza que iba á poseer.

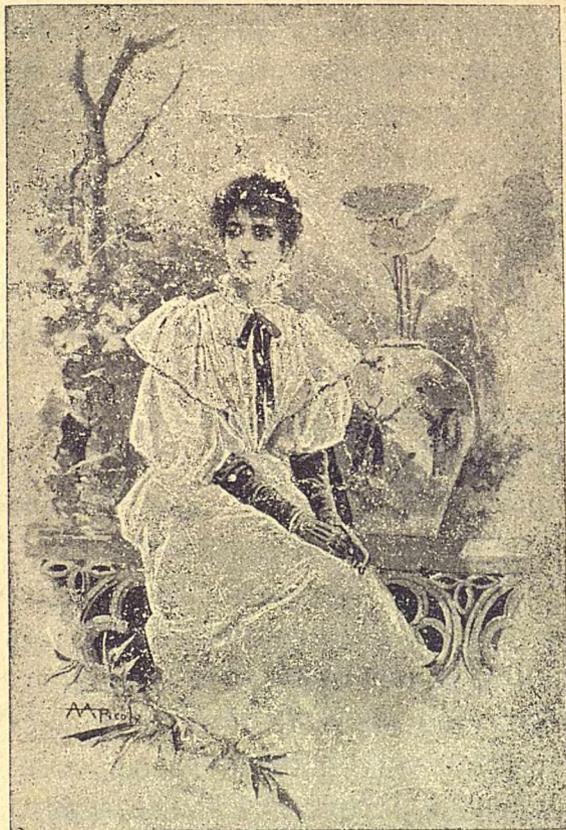
Sólo María Estrella miró á las dos sin envidia, alegrándose de que fueran felices y contentándose con su figura agradable, si no bella, y su pobreza.

Poco tiempo después, María Antonia, llena de altivez y orgullo, habitaba en su magnífico palacio, rodeada de numerosos criados que se apresuraban á servirla procurando adivinar sus deseos.

Vivía sola, porque sus padres y sus hermanas se negaron á dejar su modesta vivienda.

María de Gracia, temiendo que las riquezas de su hermana la perjudicasen, no que-

ria ni aun visitarla, y pasaba la mayor parte del día paseando por la ciudad y por



los sitios más públicos, á fin de que admiraran su belleza, lo que en efecto sucedía; de tal manera, que se hizo célebre en poco

tiempo y no se hablaba de otra cosa que de su portentosa hermosura.

Un día acertó á pasar por allí un príncipe extranjero que estaba viajando para perfeccionar su educación, la vió, y prendándose de ella, la declaró su amor.

María Gracia, orgullosa por una conquista de tanto precio, accedió inmediatamente á los deseos del príncipe, consintiendo en seguirle á su reino, á pesar de las súplicas y amonestaciones de sus padres, que sólo veían en aquellos amores la perdición de su hija.

—El príncipe me ha dado palabra de casarse conmigo tan pronto como herede la corona de su padre, que le pertenece de derecho, y en esa confianza le sigo, decía la joven, cuya vanidad, exaltada hasta el más alto grado, no atendía á ninguna clase de reflexiones.

Efectivamente, se marchó con él, sin despedirse de sus hermanas ni de sus padres, temiendo las reprensiones de éstos. Únicamente vió á María Antonia, pero fué para enseñarla los magníficos trajes y las joyas que le había regalado su real aman-

te, preciosas galas que acrecentaban en mucho su hermosura.

María Antonia, envidiando su suerte, se arrepintió ya de no haber elegido la belleza, imaginándose que su hermana, por ser bella, poseía el amor de un príncipe, y ocuparía en breve uno de los tronos más poderosos de la tierra; pero como la elección estaba hecha, no tuvo más remedio que conformarse.

Mucho la consolaba el verse rodeada de amantes que se disputaban su mano, no por ella, sino por las grandes riquezas que poseía. Es verdad que los jóvenes ricos y distinguidos de la ciudad la despreciaban, pretendiéndola únicamente los calaveras y los de escasa fortuna.

Como el único deseo de la joven era casarse, eligió por fin entre sus pretendientes uno que le pareció buen mozo y elegante, sin pararse á reflexionar si le convenía por sus antecedentes.

Se llamaba Bautista, y era, como son por lo general los buenos mozos, muy fatuo, engreido con su figura y desprovisto por completo de las cualidades de talento

y finura que hacen tan simpáticos á los jóvenes distinguidos.

Verificado el matrimonio, pronto estuvo en posesión de las riquezas de su mujer, empezando por derrocharlas, dándose la importancia de un príncipe.

María Antonia vió con terror que, conforme sus bienes iban desmembrándose, se enfriaba el cariño de su marido, el que, á decir verdad, no fué nunca muy ardiente.

Con la primera finca que vendieron entraron las disensiones en el matrimonio, porque ni él ni ella sabían adquirir nuevos bienes ni conservar los que tenían.

La vanidad, ese demonio tentador que se apodera de todas las cabezas vanas y frívolas, los tenía sujetos á su imperio, y en la senda ya del lujo y de la disipación, no retrocedían por nada que fuese á amenegar el brillo que habían conseguido adquirir entre las gentes ricas del país.

De esta manera fueron pasando muchos años completamente separados de su familia, á la cual se avergonzaban de pertenecer, por ser unos pobres carpinteros: no volvieron á saber de ellos una palabra.

En tanto, María Estrella, con su dón de la resignación, estaba conforme con su suerte, y no los abandonó un momento.



Llegó el caso de que su pobreza fué tan extremada, que no tuvieron recursos para sostenerse. Entonces María Estrella, con su angelical bondad, fué á buscar costura y trabajó para sostener á sus padres.

Un buen muchacho, muy honrado y trabajador que había sido oficial en su casa, se enamoró de ella y la pretendió, teniendo la suerte de que le correspondiera con mucho gusto, por lo cual no tardaron en ser esposos, haciéndose cargo el joven carpintero del abandonado taller de su suegro.

Así pasaron algunos años.

Era un hermoso día de primavera, de esos espléndidos y radiosos que esparcen por doquiera los mágicos perfumes de las flores y de las infinitas hierbecillas que se crían en los campos.

La bonita población en que habitaban los padres de las tres Marías, estaba engalanada como de fiesta; en las calles se ponían arcos triunfales y se alfombraban de flores; las campanas daban al viento sus sonoros ecos, y el Ayuntamiento se preparaba como para recibir alguna regia persona.

Efectivamente, hacia el mediodía las músicas anunciaron que se aproximaban los reyes; instantes después ocuparon el regio dosel y dieron á besar su mano á las

personas más distinguidas de la ciudad.

Terminada esta ceremonia, el rey buscó entre la multitud á una persona, y no encontrándola dijo al alcalde:

—¿Tú conoces á un carpintero que se llama Juan Téllez?

—Sí, señor, es uno de los hombres más honrados de la población.

—¿Qué posición tiene?

—Decente nada más, señor; á fuerza de trabajo y laboriosidad, sostiene á sus suegros, á su mujer, que es un ángel, y á su numerosa familia.

—Hazle venir.

Inmediatamente corrieron á partipar al marido de Maria Estrella el deseo de S. M. No estaba lejos la honrada familia que, llena de curiosidad, como todo el mundo, invadió la gran plaza de la ciudad.

Trémulo y confuso se acercó el joven carpintero á las gradas del trono.

El rey le dijo:

—Esta mañana, dos horas antes de amanecer, tú te hallabas á tres leguas de aquí, en el barranco de los pozos, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué te condujo allí?

—El deseo de buscar unas hierbas que



son buenas para curar los dolores reumáticos que padece mi suegro.

—¿Y á quién hallaste en el camino?

—Hallé un coche, cuyos caballos, con la oscuridad de la noche y el terror de la tempestad, estaban próximos á precipitarse en un abismo.

—¿Y qué hiciste tú? volvió á preguntar el rey.

—Lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar; cumplí con mi deber, precipitándome hacia los caballos para separarlos del peligro.

—Pero en aquella evolución expusiste tu vida.

—En aquel momento, señor, no pensé en mí, sino en salvar á los viajeros, dijo Téllez.

—¿Y sabes tú quiénes eran?

—No, señor, ni lo pregunté.

—Pues era yo, que á duras penas conseguí que me dijeras tu nombre, ¿no lo recuerdas?

—La oscuridad de la noche me impidió ver el rostro á V. M.; pero ahora creo reconocer su voz.

—Y bien; ¿qué deseas en recompensa de haberme salvado la vida?

—El cumplir un deber no merece recompensa.

—¿Luego nada necesitas? ¿Eres feliz?

—Soy el hombre más dichoso de la ciudad; no poseo riquezas, pero tengo tranquilidad, y no ambiciono nada.

—¿Eres casado?

—Si, señor.

—¿Y tienes hijos?

—Seis.

—Llama, pues, á tu mujer y á tus hijos.

Inmediatamente apareció María Estrella rodeada de su pequeña prole.

—El rey la dijo que su poder era ilimitado y estaba dispuesto á concederles cuanto pidieran.

—Señor, contestó María Estrella, nosotros somos felices y no deseamos nada.

—Os daré riquezas.

—Las riquezas no dan la felicidad; yo he tenido una hermana muy rica, y hoy se ve aborrecida y despreciada de su marido.

—Os daré honores.

—¿Y para qué los queremos? Mi otra hermana se casó con un príncipe, y ha

muerto arrastrada por las calles de su población, víctima del populacho.

—¿De manera que no os hagan ni los honores ni las riquezas? dijo el rey asombrado.

—La dicha en el mundo, señor, consiste en contentarse cada cual con lo que tiene y en cumplir con los deberes que impone la religión y el amor al prójimo, y nosotros poseemos esa ciencia en alto grado, dijo el carpintero.

—¡Dichosos vosotros, hijos míos, que nada tenéis y nada ambicionáis! dijo el monarca suspirando; pero al menos para vuestros hijos.

—Educados por nosotros, tendrán las mismas máximas y serán felices, contestó María Estrella.

—Envidio vuestra cristiana resignación y conozco que, en medio de mi grandeza, soy más pobre que vosotros, dijo el rey. Efectivamente, el alcalde atestiguó que no había en la población familia más venturosa ni más buena: los ricos la amaban y los pobres la bendecían, porque en su modesta mesa y en su apacible hogar

siempre hallaban un sitio el desgraciado y el menesteroso.

El rey al despedirse les dejó una gran suma diciéndoles: «Es para que la entreguéis á vuestros hijos cuando se casen.»

Luego dió á Téllez un documento en el que consignaba su magnánima acción y se comprometía por sí y por sus descendientes á concederle á él ó á sus hijos cuanto pidiesen en cualquier tiempo ú ocasión que fuese, teniendo títulos de nobleza y entrada libre en la real cámara.

Téllez lo tomó con escasa fruición, y no cifrando en él su dicha, lo guardó por si sus hijos lo necesitaban algún día.

María Estrella aplaudió la resolución de su marido, y abrazando á sus hijos, exclamó:

—Las riquezas y los honores hacen orgullosas á las criaturas, pero no felices.





EL PÁJARO Y LA HORMIGA

CUENTO

I

¿Qué haces? en Marzo decia
una hormiga codiciosa
á un ave que, vanidosa,
se miraba en el raudal
de un arroyuelo, que altivo
deslizábase saltando,
la natura retratando
en su luciente cristal.

—¿Qué haces? volvió á repetirle,
con impaciencia, la hormiga;
dime si no te fatiga
tu muda contemplación;
dime por qué te enajena
ver las aguas deslizarse,
confundirse y aumentarse
con las que vierte el turbión?

—No me importa que se aumenten,
le responde con tividad,
sólo miro mi belleza
en su espejo reflejar.

—¡Por Dios! Es donosa, hermano,
tu contemplación liviana.
¿No recuerdas un mañana
en lontananza brillar?

—No; pues feliz en lo presente
un nido tengo de flores,
y me sacio en los primorés
de ese firmamento azul;
tengo por alfombra un suelo
de follaje tapizado,
mi sustento asegurado,
mi lecho de pluma y tul.

¿Qué me falta, ni qué anhelo.
ante esa bella natura
que me ofrece en su hermosura
riquezas en profusión?...
No quiero por las ciudades
trocar mi campo espacioso,
busco libertad, reposo,
huyo de la confusión.

—En buen hora, yo celebro
tan sabio comedimiento;
pero si un día el sustento
te robase el huracán,
acuérdate de la hormiga
que GANA, CONSERVA, AUMENTA,
y en el balance la cuenta
guarismos alzando van.

—No es posible que natura
me robe lo que amorosa
me regaló cariñosa
haciéndome tan feliz.

—Es la fortuna una rueda
caprichosa, varia y loca;
si debajo te coloca,
verás si eres infeliz.

Adiós, pues, pájaro hermoso,
volveré á buscarte un día,
vive tú en la selva umbría
y contempla ese cristal.
Yo cualle admiro le imito,

pero es porque van llegando
mil arroyos aumentando
de sus aguas el caudal.

II

Pasó la primavera,
pasó el estío y el otoño hermoso
y preséntase oscuro y nebuloso
el firmamento azul.
En vez de las risueñas alboradas
de las amenas y galanas flores,
de los ricos primores
y de las nubes el flotante tul,
ostenta por doquier naturaleza
un campo yerto, y el desnudo suelo
de brillantes carámbanos de hielo
cubierto se contempla con horror,
No presta sombra la arboleda umbria
ni cantan ya las canorosas aves,
sólo del buho los graznidos graves
aumentan temerosos el pavor.

Cabe un arroyo que murmura triste
contéplase doliente y quejumbroso
cansado y sin reposo
un pájaro sin pluma y sin matiz.

Con honda pena lamentable llora,
se agita muerto de dolor, y de frío
transido, el infeliz.

Mas no está solo, que también le cercan
sus hijuelos que en píos lastimeros,
recuerdan otros días placenteros
de tranquilo solaz.

Ahora sin frutos, sin verdor, sin flores,
cabe el arroyo con profundo duelo
hambrientos mueren en el triste suelo,
y en misera orfandad.

A la sazón por allí
llegó una hormiga officiosa,

y con risa desdeñosa
al pájaro dijo así:

—¿Contemplas hoy, buen amigo,
tu plumaje en el cristal
de ese arroyuelo, testigo
de tu tristeza mortal?

¿Quiéres decirme por qué
te encuentro tan abatido,
tu hermoso matiz perdido
y muerto de hambre y sed?

—Aléjate, hormiga impia,
de mi lado por favor,
y no aumentes mi dolor
presenciando mi agonía.

Pues incauto no escuché
tu aviso savio y prudente
me ves muriendo indigente,
dónde acogerme no sé.

Varia es á fe la fortuna,
y si una vez me halagó,
la espalda luego tornó
desdeñándome importuna.

—La fortuna, amigo mio,
si dones te da sin cuento
y no cuidas de su aumento
te mostrará su desvío;
que no basta conservar
nuestra propiedad, hermano,
y es preciso en el verano
sus frutos recolectar.

Pues si llega el aquilón,
un edificio pequeño
le deshase con empeño,
mas no vuelca un torreón.

Por eso yo codiciosa
tengo mi vivienda llena,
vivo tranquila, serena,
y no me agito llorosa.

Es verdad que no gocé
las delicias inefables
de esa natura, envidiables,

pero fugaces á fe;
pues me dictó la razón,
si bien admirar el cielo,
hacer prudente en el suelo
de invierno mi provisión!!

III

Calló la hormiga, el pajarillo triste
la cabeza inclinó, y en el arroyo
sin vida se anegó. ¡Ay! ya no existe;
siguiéronle sus hijos; y la hormiga
al alejarse murmuró sentida:
—¡Ay de aquel que mira perezoso
el ocaso infeliz de nuestra vida;
pasando los estios en reposo
y el mañana recuerda indiferente:
triste, si en los placeres imagina
una ventura hallar muy duradera!
¡Es el trabajo inagotable fuente!
¡Es el placer una fugaz quimera!





Antonio J. Bastinos
EDITOR

JULIAN